

PREGÓN DE LA PROCLAMACIÓN DE LAS REPRESENTANTES DE LA CASA DE LA COMUNIDAD VALENCIANA EN NAVARRA

Mutilva, sábado 31 de enero de 2026
Colegio Luis Amigó

¡Bona vesprada! ¡Buenas tardes! Autoridades, querida Almudena, Presidenta de la Casa de la Comunidad Valenciana en Navarra, miembros de la Junta Directiva, socios y socias, falleras y falleros, representantes de nuestras Casas hermanas de la Federación, Leo y María, de la Falla Ferroviaria, amigos todos, navarros y valencianos que hoy compartís este espacio de emoción y de identidad. Hoy no es un día cualquiera. Hoy es uno de esos días en los que el tiempo parece detenerse para escuchar al corazón, porque este acto no es solo una proclamación festiva, es una declaración de identidad, de gratitud y de pertenencia. Gracias por estar aquí.

Parece mentira, pero han pasado ya veintiún años desde que tuve el honor -y el vértigo- de proclamar también este Pregón, veinte años desde aquel día, el 22 de enero de 2005, en que, con más ilusión que método y con el corazón por delante de cualquier protocolo, me planté ante vosotros para contar, casi como quien escribe una carta a un amigo, lo que eran las Fallas vistas desde la emoción, desde la experiencia vivida y compartida. Veinte años... que se dicen pronto, pero que pesan cuando uno se detiene a pensarlos. Recuerdo aquel pregón casi improvisado, escrito como se escriben las cosas importantes: de noche, con nervios, con humor, con verdad, hablándole a un “*Fermincho*” imaginario que representaba a todos los amigos de Pamplona, mezclando la Javierada con la *desperta*, San Fermín con San José, las guindillas con las *mascletàs*, el patio del colegio Luis Amigó con la Plaza del Ayuntamiento de Valencia. Recuerdo cómo aquel texto hablaba de Fallas, sin solemnidad, con cercanía, con ironía, con cariño, y cómo al final, sin saber muy bien por qué, conectó, porque hablaba de lo mismo que nos trae hoy aquí: de amistad, de raíces, de fiestas que se entienden mejor cuando se comparten. Veinte años después, vuelvo a este atril con más canas, con más memoria y con el mismo respeto, consciente de que el tiempo pasa, pero que hay palabras, emociones y vínculos que no envejecen, porque forman parte de lo que somos. Por cierto, hace 21 años proclamamos Fallera Mayor a Yolanda Arcón, madre de Alma, nuestra Fallera Mayor de este año, el destino ha sido caprichoso.

Nos hemos reunido para proclamar a nuestras Fallera Mayor, Fallera Mayor Infantil, Bellea del Foc y a nuestra Gaiatera, pero también para proclamar algo más profundo: que las raíces no se rompen cuando uno se marcha, que la identidad no se diluye cuando se cruza un río o un valle, y que hay pueblos que, aun viniendo de lugares distintos, aprenden a caminar juntos con respeto, con esfuerzo y con orgullo compartido.

Hoy Navarra huele a pólvora y a azahar. Hoy el Ebro y el Arga dialogan en silencio con el Turia, el Mijares y el Vinalopó. Hoy Navarra y la Comunitat Valenciana se miran a los ojos y se reconocen, porque los pueblos, como las personas, se reconocen no solo por lo que dicen, sino por lo que han vivido juntos.

Decía el escritor valenciano Vicent Andrés Estellés que *“allò que val és la consciència de no ser res si no s’és poble”, “lo que de veritat importa es la consciencia de no ser nada si no se es pueblo”*. Y tenía razón. Nada somos si no somos pueblo. Y hoy, aquí, somos pueblo. Somos el pueblo que un día salió de su tierra con respeto, con esfuerzo y con esperanza, y el pueblo que supo acoger con dignidad y con humanidad. Somos la suma de muchas historias individuales que, con el paso del tiempo, se han convertido en una historia compartida.

Llegasteis desde Valencia capital, desde Tavernes de la Valldigna, desde Alcoy, Sedaví, Corbera, Xeraco, Algemesí, Mutxamel, Muro de Alcoy, Requena, Ribarroja, Silla, Banyeres de Mariola, Paiporta, Benimámet, Burjassot o Castellón. Llegasteis con acentos distintos, con oficios aprendidos, con una educación basada en el respeto al trabajo bien hecho. Llegasteis buscando prosperar, buscar una vida mejor, abrir un horizonte nuevo para vosotros y para vuestros hijos. Y Navarra os abrió la puerta. No os preguntó de dónde veníais, sino qué estabais dispuestos a aportar. Y aportasteis mucho. Así lo pensaba el navarro Pío Baroja: *Quien se va de su tierra no la abandona: la ensancha. Porque cada paso fuera de ella hace más hondas sus raíces allí donde llega*.

Porque el emigrante no abandona su tierra: la lleva consigo. La lleva en la forma de hablar, en la manera de celebrar, en la cocina, en la música, en la fe, en el recuerdo constante de las fiestas del pueblo, en la llamada a casa, en el olor de la pólvora, en el sonido de una dolçaina o de una banda que acompaña una procesión o una entrada mora o cristiana. La emigración no es olvido, es memoria en movimiento. Es identidad que camina.

El emigrante lleva consigo algo más que una maleta: lleva valores. Lleva cultura del esfuerzo, respeto, sacrificio silencioso, capacidad de adaptación y una memoria que no se apaga. Y esos valores son los que han enriquecido esta tierra navarra a la que llegasteis. Navarra no ha sido solo un destino; ha sido un abrazo. Ha sido trabajo, oportunidad y futuro. Y eso no se olvida nunca.

Aquí habéis trabajado como transportistas, creando empresas que unen caminos; como médicos y enfermeras, cuidando la vida ajena con vocación; como maestros, enseñando a nuevas generaciones; como músicos, llenando de sonido y de alma las fiestas; como militares, sirviendo con honor; como Ingenieros, haciendo futuro con las energías renovables, como heladeros, artesanos, encuadernadores, técnicos, comerciantes, servidores públicos. Aquí habéis construido futuro, y lo habéis hecho con humildad, con trabajo honesto, con compromiso, constancia y con agradecimiento. Y Navarra os ha devuelto ese esfuerzo con respeto, con estabilidad y con convivencia.

Por eso hoy este pregón quiere ser, ante todo, un agradecimiento. A Navarra, por abrir los brazos. Y a Valencia, Alicante y Castellón, por enseñarnos quiénes sois. Porque no sois ciudadanos sin raíces. Sois valencianos, castellanenses y alicantinos. Sois, somos navarros de adopción. Somos españoles sin complejos. Y lo somos todo a la vez, porque la identidad no resta, suma.

En 1997 un grupo de valencianos soñó. Soñó con un hogar lejos del hogar. Soñó con una sede para compartir tradiciones. Soñó con que la Virgen de los

Desamparados tuviera flores también en Navarra. Soñó con Fallas, con Hogueras, con Semana Cultural, y con una Proclamación como la que hoy vivimos. Ese sueño se llamó: Casa de la Comunidad Valenciana en Navarra. Aquellos valencianos, muchos aquí presentes, entendisteis que integrarse no significaba diluirse, y que mantener vivas las tradiciones no era mirar atrás, sino caminar hacia adelante con memoria.

Desde entonces, esta Casa, la Casa de la Comunitat Valenciana a Navarra, ha sido un punto de encuentro, un espacio de cultura, un lugar donde enseñar a los más jóvenes quiénes sois y por qué merece la pena conservarlo, la Casa no es solo una asociación cultural, es un símbolo. Es, en definitiva, un lugar donde la identidad no se encierra, se comparte.

Durante años, aquellas primeras reuniones en casas particulares fueron forjando un proyecto común que culminó en 2001 con la adquisición de la sede social en la calle Pedro Aranaz. 25 años del local, de ese espacio físico referente de convivencia, de cultura y de respeto institucional.

Y no es casual que la Casa floreciera en Navarra, una tierra que sabe muy bien lo que significa defender la identidad desde el respeto a la pluralidad. Navarra, tierra foral, tierra de historia, tierra de pactos. El Amejoramiento del Fuero no es solo un texto jurídico; es una declaración de principios, una forma de entender la convivencia desde el autogobierno, la lealtad institucional y la responsabilidad compartida. Navarra decidió seguir siendo ella misma dentro de España, desde su historia y su singularidad.

Y de igual modo, la Comunitat Valenciana, con su Estatuto de Autonomía, decidió reconocerse como pueblo, como comunidad con lengua, cultura y tradiciones propias, dentro de una España plural y diversa. Dos textos distintos, dos realidades distintas, pero un mismo espíritu: el respeto a la identidad, el valor del acuerdo, la voluntad de convivir sin renunciar a lo que somos.

Porque no tengamos miedo de decirlo alto y claro: somos, sois, valencianos, alicantinos y castellanenses; somos, sois, navarros por convivencia y por cariño; somos españoles por historia y por ciudadanía. No hay contradicción en ello.

Si hoy podemos hablar de todo ello con naturalidad y orgullo es gracias a una historia larga, compleja y compartida. Porque nuestras tradiciones no nacieron ayer. Cuando hablamos de Valencia, de Castellón o de Alicante, hablamos de una historia que se remonta al siglo XIII, cuando el rey Jaume I entró en Valencia un 9 de octubre de 1238, no solo como conquistador, sino como fundador de un nuevo reino con leyes propias, con fueros, con instituciones y con una identidad que ha sabido perdurar a lo largo de los siglos. Jaume I entendió que gobernar era pactar, que construir un reino era respetar a quienes lo habitaban, y esa idea de pacto y de convivencia ha marcado profundamente el carácter valenciano.

Y cuando hablamos de Navarra, hablamos de un reino antiguo, de una de las raíces más profundas de la historia de España. Hablamos de los Reyes de Navarra, de una monarquía que supo mantener su identidad, sus fueros y su personalidad propia durante siglos, incluso en los momentos más difíciles.

Navarra fue reino antes de ser Comunidad, y esa conciencia histórica ha forjado un carácter firme, orgulloso y profundamente respetuoso con la ley y con la tradición.

Ambas historias confluyen en la historia común de España, una historia plural, compleja, a veces dolorosa, pero profundamente rica. España no se entiende sin Navarra, como no se entiende sin Valencia, sin Castilla y León, sin Aragón, sin Galicia, sin Cantabria, sin Extremadura, sin ninguna de las demás Comunidades. España se construyó a través de pactos, de reinos, de acuerdos, de conflictos superados y de voluntades compartidas. Y hoy, cuando hablamos de Estatutos de Autonomía o del Amejoramiento del Fuero, no hablamos de divisiones, hablamos de continuidad histórica, de la actualización moderna de una forma de entender la convivencia desde el respeto a la diversidad.

Hoy también es un día para el recuerdo y para el compromiso. En mi memoria están quienes ya no nos acompañan: Benito, Vicente, Josep, Isa... cuya presencia sigue viva en esta Casa. Y en nuestro pensamiento están quienes han sufrido golpes duros, golpes que recuerdan que la vida no siempre es fiesta. La DANA que azotó tierras valencianas dejó huella en pueblos enteros, en familias de Yolanda, de Alma, de Eva o de Carmen, en tantos vecinos que vieron cómo el agua se llevaba casas, recuerdos y tranquilidad. Navarra y Valencia se encontraron entonces, como se encuentran siempre los pueblos hermanos, en el dolor compartido, en la ayuda mutua, en la solidaridad, en la reconstrucción silenciosa. Cuando la adversidad golpea, no preguntamos de dónde somos, sino a quién podemos ayudar. Porque cuando la lluvia arreció, cuando el agua golpeó con dureza, el corazón navarro se hizo escudo, y el alma valenciana se hizo esperanza.

No podemos olvidarnos del accidente de tren de Adamuz, que ha sacudido a una comarca entera, ejemplo de esos pueblos pequeños, duros y dignos, que conocen el sufrimiento, pero también la capacidad de levantarse. Son pueblos que caen, pero no se rinden; pueblos que sufren, pero no pierden la esperanza, porque los valores de sus gentes -la solidaridad, el trabajo, el respeto, la familia, la unión- son el verdadero patrimonio que nunca se pierde, son más fuertes que cualquier tragedia.

Hablar de todo esto es hablar de valores, hablar de tradiciones. Y hablar de tradiciones es hablar de corazón, de sentimiento, del alma de un pueblo. Es hablar de San Fermín y de San Francisco Javier; de la Virgen de los Desamparados y de San Vicente Mártir; de la Virgen de Lledó y de San Vicente Ferrer; de San Cristóbal, San Blas, la Virgen del Remedio y San Nicolás de Bari. Es hablar de Fallas, de Tomatina, de Semana Santa Marinera, de la Mare de Déu de la Salut, de la Albufera, de la horchata y las naranjas. Es hablar de las Fiestas de la Magdalena, del rey Jaume I, de los bous al carrer. Es hablar de las Hogueras de San Juan, de los Moros y Cristianos y del Carnaval. Tradiciones distintas, sí, pero con un mismo sentido: celebrar juntos, recordar juntos, transmitir juntos.

He tenido el privilegio de vivir en primera persona algunas de las manifestaciones festivas más singulares y universales de vuestra tierra valenciana: la Entrada de

Toros y Caballos de Segorbe, donde el hombre y el animal avanzan juntos por la historia en un ritual único; las Fallas de Valencia, donde el fuego habla el idioma de la crítica, la sátira y la renovación; y los Moros y Cristianos de Alcoy, donde la música, la pólvora, la historia y la memoria convierten cada calle en un escenario de épica colectiva. Tres provincias, Castellón, Valencia y Alicante, y tres maneras distintas de expresar una misma identidad, fiestas de proyección internacional en las que he participado no como espectador, sino como actor principal, sintiendo en la piel lo que significa formar parte de algo que trasciende lo local. Y cuando uno ha vivido esa intensidad, comprende mejor lo que sucede en San Fermín, en la Javierada o en el Camino de Santiago, celebraciones también universales donde tantos valencianos caminan, corren o rezan junto a gentes de todo el mundo, porque en todas ellas late la misma necesidad humana de reunirse, de reconocerse en el otro y de sentirse parte de una historia compartida que no entiende de fronteras.

Y cómo no recordar también esos veranos que muchos llevamos grabados en la memoria, como los míos en Peñíscola, donde el mediterráneo parece detener el tiempo y la historia se asoma desde cada piedra del Castillo, veranos que son los mismos que han vivido y siguen viviendo tantos navarros que, año tras año, viajan hacia el sur buscando luz, descanso y mar. Navarros que llenan las calles de Jávea, Altea, Dénia o Benidorm, que pasean por Gandía, Cullera o la propia ciudad de Valencia, y regresan a Peñíscola o Benicàssim no solo por cercanía geográfica, sino porque el mediterráneo es hospitalario también en el alma. Y del mismo modo, los valencianos vienen a Navarra, buscan el silencio de las casas rurales, el verde del Pirineo, la fuerza de las Bardenas Reales y recorren el Camino de Santiago, mientras en plazas y calles se produce la simbiosis taurina que hermana Pamplona, Tafalla, Tudela o el Pílon de Falces con Onda, la Vall d'Uixó, Sagunto, Paterna, Dénia o Puçol. En ese ir y venir constante se ha tejido una relación que va más allá del turismo: una historia compartida, escrita con identidad, convivencia y afecto entre tierras que se saben hermanas.

Asimismo, hoy es un día en el que los nombres propios cobran una importancia especial, porque los nombres no son solo palabras: son personas, trayectorias, compromisos y símbolos. Por eso hoy queremos pronunciar con claridad y con orgullo los nombres de quienes encarnan este año el protagonismo de nuestra fiesta valenciana en Navarra. Proclamamos como **Fallera Mayor a Alma Canales Arcón**, nombre que ya queda unido para siempre a la historia de esta Casa, como quedan unidos los nombres de quienes, año tras año, han sabido representar con dignidad, elegancia y responsabilidad a toda una Comunidad. En Alma se unen la música por vocación y por identidad, profundamente vinculada a los Moros y Cristianos, de Alcoy, integrante de la banda oficial de la Filà mora Domingo Miques, los Miqueros. Como digo, Alma, en ti se unen la música que educa, pero también la tradición que perdura, el amor por la fiesta y el respeto por quienes la precedieron. No representas solo a una Casa regional, ni a un acto concreto: representas a todos los valencianos que viven lejos de su tierra sin dejar de llevarla dentro. Representas a una generación que sabe de dónde viene y hacia dónde quiere ir, sin olvidar jamás sus raíces.

Proclamamos también como **Fallera Mayor Infantil a Anne Antón Lazcoz**, cuyo nombre simboliza la continuidad, la esperanza y el futuro. La Fallera Mayor

Infantil es mucho más que una niña vestida con un traje tradicional; es el primer eslabón consciente de una cadena cultural que no se puede romper. En ella se deposita la responsabilidad -dulce y alegre- de aprender, de observar, de vivir la tradición desde la inocencia y desde la ilusión. Anne representa a esa infancia que crece sabiendo que las raíces no pesan, sostienen; que la tradición no encorseta, acompaña; y que ser fallera es aprender a amar una historia que empezó mucho antes y que seguirá mucho después. Porque las tradiciones no se heredan solas: se enseñan, se viven y se cuidan.

Junto a ellas, hoy reconocemos con especial emoción a nuestra **Gaiatera, Almudena López Arjona**, presidenta de esta Casa, mujer comprometida, ejemplo de dedicación constante y de servicio silencioso. Ser Gaiatera no es solo portar un símbolo festivo; es portar la luz. La gaiata, ese “*esclat de llum sense foc ni fum*”, ese “*estallido de luz sin fuego ni humo*”, representa el camino recorrido, el traslado de un pueblo entero que decidió avanzar unido hacia un futuro mejor. Y no hay mejor metáfora para quienes dejaron su tierra para prosperar sin olvidar jamás de dónde venían. Almudena encarna esa luz que guía, que no deslumbra, pero que nunca se apaga, esa luz que es liderazgo sereno y trabajo constante.

Y junto a la luz de Castellón, arde también el fuego simbólico de Alicante, representado por nuestra **Bellea del Foc, Eva Ruiz Navarro**. La Bellea del Foc no es solo la reina de las Hogueras; es la personificación del fuego que renueva, que limpia, que transforma. Un fuego que no destruye, sino que anuncia el comienzo de algo nuevo. Eva representa la elegancia, la tradición y la responsabilidad de ser imagen viva de una fiesta que hunde sus raíces en el pueblo y que cada año se ofrece al mundo como expresión de identidad colectiva.

Estas cuatro figuras -Fallera Mayor, Fallera Mayor Infantil, Gaiatera y Bellea del Foc- no compiten entre sí, se complementan. Son distintas expresiones de una misma cultura festiva que habla de luz, de fuego, de música, de infancia y de madurez, de pasado y de futuro. Son, en definitiva, el reflejo de una comunidad que se reconoce y se celebra.

Gracias por el trabajo constante de la Junta Directiva comprometida y acompañada por un equipo de socios y socias que cree en esta Casa y en su misión. Gracias por mantener vivo este espacio de encuentro, por cuidar cada acto, cada celebración, cada detalle, para que la cultura valenciana siga latiendo con fuerza en Navarra. Gracias por hacernos vivir y sentir la Proclamación de las Representantes cada mes de enero, la Semana Cultural en mayo, la celebración de la Virgen de los Desamparados, el Día de la Comunidad Valenciana el 9 de octubre con la tradicional Mocadorà de San Dionís y esos sabores de la paella valenciana, los fartons, la horchata, el embutido o el agua de Valencia. También el sonido de la Banda de la Casa, dirigida por Javier San Gregorio, los bailes del grupo de danzas La Murta o las voces de la Coral Serra Mariola.

Y permitidme terminar con palabras que nos unen. Decía el poeta navarro José María Jimeno Jurío que “*la tierra no es solo el suelo que se pisa, sino la memoria que se comparte*”. Y el inicio del célebre poema “*Els amants*” de Vicent Andrés

Estellés, *“no hi havia a València dos amants com nosaltres”* *“No había en Valencia dos amantes como nosotros”*. Hoy podemos decirlo sin miedo: no hay dos pueblos que se entiendan como Navarra y Valencia cuando se miran desde el respeto y el afecto.

Por eso, cuando hoy proclamamos a nuestras Representantes, cuando celebramos nuestras fiestas y cuando cantamos nuestros himnos, no lo hacemos desde la nostalgia, sino desde la gratitud y desde la responsabilidad. Gratitud por lo recibido y responsabilidad por lo que debemos transmitir.

Nuestros himnos dicen verdades profundas: *“Para ofrendar nuevas glorias a España...”*, canta Valencia... *“Trabajemos y hermanados todos lograremos honra, amor y paz”*, responde Navarra. En esa fusión de palabras se resume nuestra historia común, aquí está nuestra verdad. España no es una idea abstracta, España es grande porque es plural, y es fuerte porque se construye desde abajo, desde sus pueblos, sus gentes, sus acentos y sus valores compartidos.

Que nunca olvidemos de dónde venimos. Que nunca dejemos de agradecer a quien nos acogió. Que nunca renunciemos a lo que somos. Que las nuevas generaciones aprendan que se puede amar la tierra donde se nace y la tierra que te acoge. Que se puede ser fiel a las raíces y abierto al mundo. Que se puede celebrar sin olvidar y avanzar sin renunciar.

Que nuestras Representantes vivan un año lleno de emoción, de orgullo y de responsabilidad. Y que esta Casa siga siendo, por muchos años más, un faro de identidad, de convivencia, de futuro compartido y de amistad entre Navarra y la Comunidad Valenciana.

Y así, con esta convicción profunda, seguimos proclamando con emoción, con orgullo y con gratitud aquello que nos define y nos une. Somos hijos de la *Senyera*, somos hijos de las cadenas de Navarra, somos hijos de España. Por eso gritad conmigo bien alto:

VIVA NAVARRA
VISCA VALENCIA
VIVA ESPAÑA

Muchas gracias.